



Testimonios

Hermandades de la Providencia

Esta publicación está basada en entrevistas realizadas durante el año 2013, publicadas en la página web y el boletín interno de la congregación religiosa Hermanas de la Providencia.

Entrevistas

Loreto Fernández

Redacción

Loreto Fernández

Edición

Juan Francisco Tapia

Diseño

Juan Francisco Tapia

Hermanas de la Providencia
www.hermanasdelaprovidencia.cl

2014

Providencia de Dios, yo creo en ti...

Tomé contacto con las Hermanas de la Providencia a los 14 años, cuando ingresé a estudiar al Colegio Santa Rosa y la Congregación, en la que además de estudiar fui acrecentando mi compromiso cristiano desde la participación en actividades pastorales y sociales, se transformó en mi primer amor. Como todo gran amor fue intenso, presuroso, impulsivo, lo que hizo que terminada mi Enseñanza Media, ingresara como postulante de las Hermanas de la Providencia, relación que duró hasta 1992, año en que salí para buscar otros caminos, con la conciencia de ser “Un pedazo de la Providencia que anda por ahí”, como escribiera al Consejo Provincial de la época, un año después de mi salida, agradeciendo todo el apoyo brindado.

Pero el primer amor no se olvida nunca y los lazos de cariño que mantuve con varias de las Hermanas se prolongaron en el tiempo. Del mismo modo, pude constatar la fidelidad de Dios que me trajo de nuevo a la Congregación, 20 años después, ahora no como religiosa, sino como otra colaboradora de las Hermanas en sus tareas, pero con un sentido de pertenencia pleno, reconociendo que la Providencia hace alusión a la amorosa presencia de Dios que no sólo crea, sino que sostiene permanente la obra salida de sus manos. Existimos en Dios, somos en Dios... En Dios vivimos, nos movemos y existimos (Hch. 17, 28). Dios Providente que se hace presente en nuestras relaciones cotidianas a todo nivel, en la búsqueda de respeto, justicia, ternura, cuidado...

Conocí a cada una de las Hermanas que tuve el privilegio de entrevistar para la siguiente publicación, y puedo dar fe de que han sido mujeres de fe y que desde su humanidad han ido construyendo la obra de la Providencia; que hoy somos por ellas, por su compromiso, sus sueños, sus luchas, sus penas, sus soledades, sus alegrías, sus fracasos, su día a día...

Agradezco profundamente el contacto con estas hermanas, compañeras y amigas de ruta, agradezco su testimonio y pido a la amorosa Providencia de Dios. Que su ejemplo siga animándonos a ser su rostro hoy, para todas y todos sin excepción.

Loreto Fernández Martínez



Hermana Hortensia Tapia

"Den gracias al Señor porque él es bueno, porque su amor perdura para siempre".

Salmos 106,1

Como es habitual, la hermana Hortensia inicia la conversación sonriente, con un cariño y una calidez que hace olvidar la fuerte tormenta de lluvia que arrecia afuera. Ante la pregunta de cómo se siente en su año jubilar, comenta: "Muy contenta porque son 60 años en que he sentido fuerte el amor del padre Dios. Años en que he sentido su paternidad en todo momento, en las ocasiones de alegría, de debilidad o de tristeza él ha sido siempre mi papá".

Se le invita a que nos cuente como fueron los inicios de su vocación y recuerda: "Muy distinto a como es ahora. La vida en aquel entonces era muy conventual, de monasterio casi, preparadas para la comunidad pero no para la misión. Esa parte era difícil, pero el Señor que nos ama nos dio la fuerza y la sabiduría. Ahora que estamos en la Fiesta del Espíritu Santo[1] descubro con más fuerzas que Él está en todo momento. Sentí que Él era el que nos guiaba en la misión y sentí desde un principio que estaba en lo suyo, en las cosas del Señor que era lo que yo anhelaba al entrar en la vida consagrada. Yo no pensaba en misión, no pensaba en los pobres, no pensaba en nada, lo único, ser del Señor. Así era entonces; ahora hay discernimiento, hay psicólogos que acompañan a la candidata, pero en ese entonces no había nada, salvo lo que el Espíritu del Señor iba guiando".

Sobre su elección por la congregación al momento de ingresar a la vida religiosa, comparte: "Eso fue bien bonito, porque Marta, mi hermana, había entrado 5 años antes y gracias a la Congregación yo pude entrar al colegio Santa Teresita de Llo-lleo. Al terminar, me invitaron como ex alumna a un retiro espi-

ritual. Recuerdo que Monseñor Ramón Munita fue el que nos guió en el retiro y nos habló muy lindo del infinito amor de Jesús por los jóvenes – yo tenía entonces 17 años - y me sentí vieja y me pregunté ¿qué he dado yo de amor? Ahí sentí que era el primer llamado a la consagración religiosa y llegué a contarle a la madre Raquelita Álvarez lo que me había pasado en el retiro y le dije: 'Pero yo no quiero ser Hermana de la Providencia'; entonces ella me pasó una lista de congregaciones para que visitara, orara y viera donde me sentía mejor y me dio un mes de plazo para que reflexionara. Yo bien obediente, como se era entonces, me fui todas las tardes a conversar un ratito con el Señor. A los 20 días más o menos, Él me habló y yo aprendí a escucharlo. Me dijo: 'Mira, no estés buscando donde tú quieres, porque soy yo el que te llamo y quiero que seas Hermana de la Providencia' y yo, obediente a Jesús, entré. Desde ese día me gustó mucho, porque empecé a conocer a las hermanas y empecé a quererlas cada día más. El noviciado fue mi delicia, lo pasábamos muy bien. Trabajábamos un montón, pero nos cuidaba mucho la madre Raquelita. Por ejemplo, siempre buscaba cómo alimentarnos mejor. Conmigo tuvo mucha paciencia, me enseñó, me soportó, me guió y me quiso, sentí que me quiso mucho".

Sigue compartiendo sobre sus inicios en la vida religiosa: "Mi primera misión fue la escuela Santa Teresita en Conchalí, en la parroquia Santa Teresita. Allí estuve 9 años, con cursos de 90 o más alumnos. Entré a la congregación de 21 años y tendría 23 cuando empecé a trabajar ahí, pero todo lo hace el amor y la entrega al Señor. En esa misión yo aprendí a hacer oración contemplativa en la 'micro', porque viajaba todos los días de la Casa Matriz a la parroquia y me dedicaba a mirar los rostros de las personas; de los que estaban alegres le daba gracias al Señor porque iban alegres, de los que estaban tristes, oraba por ellos y me iba sintiendo parte de ese mundo que tanto necesitaba. Así empecé a sentirme más Hermana de la Providencia, quien debe estar junto al pobre, junto al que sufre, acompañándoles, aunque ellos ni lo sepan. Yo lo hacía con la oración en ese momento. Además, iba con 13 niñas. Amé esa misión, me marcó y me sentí querida por los niños. Sentí que estaba en lo que me gustaba, que en mi debilidad Él era mi fortaleza y sabiduría, así que pasé feliz mi primera misión".

La Hermana Hortensia ha pasado por diferentes ministerios y misiones en su fecunda vida religiosa. Al consultarle sobre alguna vivencia que la haya marcado de manera significativa, menciona cuando estuvo en el Valle del Elqui: "El trabajo ahí era una extensión de la comunidad en Vicuña, la misión al servicio de la parroquia en la pastoral de los pueblos. Nosotras nos extendimos hasta

el final del valle, en la parroquia de Paihuano. Ahí viví con la Hermana Mónica Campillay. Éramos súper aventureras porque caminábamos sin conocer, casa por casa visitando a las familias, llevando la Buena Noticia de Jesús y dejando su bendición. Eso fue algo que me marcó, las visitas a las familias, los enfermos, el acompañamiento a cada comunidad. En cada pueblo dejamos organizada la catequesis; también en ese tiempo estaba la Virgen Peregrina y en cada familia ahí junto con Jesús dejamos a la Virgen. Para las grandes fiestas de la parroquia era lindo, porque motivábamos a todas las comunidades del pueblo, hacíamos participar a los ricos y a los pobres; a los ricos llevando las ofrendas que ellos mismos nos daban".

Con respecto al momento actual de la vida de la provincia, reflexiona: "La veo muy disminuida en número, pero con una fuerza interior que a mí me llena de esperanza, porque el Señor no mira números, sino calidad, eso es lo esencial y como dice el Principito, lo esencial va por dentro, está en el corazón. Veo mucha vida en cada Hermana y cada día las quiero más; hoy por ejemplo, este encuentro[2] fue un regalo de Dios el reencontrarnos, compartir nuestra fe, compartir nuestra vida, nuestra misión, y así como hoy, tantas cosas que hemos compartido que me siento en familia, llena de gratitud a este Padre Dios que en Jesús está con nosotros y nos acompaña siempre con su Espíritu".

Para finalizar, se le pide que nos comparta que le gustaría recibir como regalo de jubileo, sin demora plantea: "Me gustaría detenerme un poco como para darle gracias al Señor por todo lo vivido con Él, con mis hermanas y en la misión. Me bastarían 15 días sabáticos, para mí, para darle gracias al Señor de la Vida, porque quisiera que mi vida fuera una alabanza al Señor en la sencillez de mi propio ser".

[1] Entrevista efectuada en vísperas de Pentecostés.

[2] De formación permanente, 17 de mayo de 2013.



Hermana Soledad Navarrete

"Estén siempre alegres en el Señor;
se los repito, estén siempre alegres".

Filipenses 4,4

No puedo dejar de mencionar que me produjo una profunda emoción la conversación con la madre Soledad que dio paso a estas líneas, pues siendo una joven profesora de 21 años, tuve el regalo de vivir con ella. Fue mi primera superiora en el Hogar de Ancianas de Valparaíso y sólo tengo palabras de cariño y gratitud para quien en el día a día me enseñara tanto. Es una mujer noble, cariñosa y buena en el mejor sentido de la palabra. Sus 89 años, de los cuales 50 han transcurrido en la vida religiosa, demuestran cuán fecunda puede ser una vida cultivada en las virtudes de la humildad, sencillez y caridad. Gracias Madre Sole por su ejemplo.

Cuando le pregunto por su proceso de formación antes del Concilio responde: "No fue difícil para mí. A mí me conquistó un padre salesiano que quería mucho a las Hermanas de la Providencia. Cuando llegué parecía que siempre había vivido aquí, una cosa tan grande para mí. En ese tiempo éramos puras chilenas, no había ninguna canadiense. Cuando salí del noviciado mi primera misión fue con la madre Margarita Rubio de superiora, acá mismo. Tuve un negocio a cargo, una panadería. Parece que se enfermó la hermana responsable y me dejaron a mí... y yo inventé tanta cosa, hasta empanadas hacía. Los domingos me levantaba a las 4 para cocer la masa. Vivía contenta. Una vez vino un señor por los permisos, yo le dije: 'Cuando venga la próxima vez se los voy a tener' y cuando regresó ahí estaba pegado el permiso; me habían dicho que era bien pesadito, pero yo le daba un quequito y un vasito de vino añejo (risas). La madre Margarita fue muy buena conmigo y cariñosa... bueno, yo le hacía plata con el

negocio también (risas). A los niños les vendía cosas, les vendía pancito. Acá había dos colegios, además de una imprenta y estaban las Hermanas también".

"No me acuerdo dónde estuve después, pero luego me mandaron a Lima. Un tiempo trabajé con enfermos. En Valparaíso estuve en el Hogar de Niñas - Casa de la Providencia - y en el de las abuelitas - Hogar de Ancianas Providencia-. Me querían mucho las abuelitas. Ahí me hice 'colocolina', porque iban los del Colo Colo a verlas y las abuelitas les cantaban el himno del equipo. Todo eso era muy lindo. También estuve en el Pensionado y en la Enfermería. Me acuerdo que antes, cuando me mandaron para la enfermería como superiora, yo estaba con Alejandrina Menares y le dije: 'Fíjate que me mandaron para acá y no sé ni pinchar siquiera (risas)'. Ella me dijo: 'No se te de nada guachita, yo te voy a enseñar', y así no más fue. Trabajamos muy bien juntas".

Al consultarle por alguna casa o misión que le dejara una huella especial, Madre Sole reflexiona: "Gracias a Dios en todas partes estuve contenta. Recuerdo que le dábamos almuerzo a los viejitos y una vez un carabinero me dijo: 'Madre usted le da almuerzo a estos veteranos y nosotros les damos el alojamiento (risas)', pero siempre estuve bien en todos mis trabajos".

Con respecto a su actual situación viviendo en la enfermería, comenta: "No recuerdo en qué año llegué, estaba en el pensionado y de ahí fui a dar al hospital y me mandaron a la enfermería y aquí estamos. Cuesta no hacer nada y para mí ha sido tremendo porque a mí me gusta moverme. Sigo contenta, no me he amargado, pero cuesta. Gracias a Dios yo no he tenido momentos tan duros, pero cuando tengo dificultades se las entrego a Dios nomás, no las comento con nadie". Cuando se le dice que en el pasado hizo tanto bien que ahora es justo que descansa replica con una sonrisa: "Bueno, esa era mi tarea".

También opina sobre la Provincia en la actualidad: "Tenemos que ser más conquistadoras para traer a la juventud acá, nos faltan. Para eso hay que dar el ejemplo, testimonio, trato de respeto unas con otras".

Finalmente se la invita a que comparta algún sueño para sus Bodas de Oro y entre picardía y nostalgia dice: "Tener un negocio (risas). Es que sin hacer nada es difícil. A mí siempre me ha gustado moverme, desde niña. Mi papá, que era un militar que falleció a los 36 años, se sentaba con mi mamá y yo andaba de adentro para afuera. Él me llamaba y decía: 'Venga mi negrita' y yo iba bien

sería a sentarme. Ahora me cambió la tarea, ya no tengo que moverme, con tanta gente que está sufriendo hay que rezar. Yo a las 7 de la mañana estoy rezando con radio María, hasta la misa de las 8 con la que me acuesto. Esa es la pega que me dio ahora nuestro Señor".



El 15 de septiembre de 2013, festividad de Nuestra Señora de los Dolores, falleció nuestra querida Hermana Soledad Navarrete, quien cumpliera 50 años de fidelidad a Dios como religiosa del Instituto de la Providencia. Aquel mismo día había renovado sus votos en la Comunidad Bernarda Morín, rodeada de sus hermanas que tanto le quisieron y valoraron por su sencillez, alegría y bondad.

Ahora nuestra Hermana Soledad descansa en la amorosa presencia del Padre Providente, a quien entregó gozosa su vida en las distintas misiones y trabajos que se le encomendaron.



Hermana Evangelina Quidel

"El Señor es mi roca y mi fortaleza; es mi libertador y es mi Dios, es la roca que me da seguridad; es mi escudo y me da la victoria".

Salmos 18,3

Siempre es un gusto conversar con la hermana Evangelina, a pesar de las secuelas producidas por el accidente vascular que sufrió el 2007 y que la mantiene en silla de ruedas y con dificultades en el habla. Se da a entender y se ríe sonoramente con frecuencia, manteniendo intacto el sentido del humor y la sencillez de reconocer que sí, que se le olvidan muchas cosas y se le dificultan otras, pero la vida continúa y ella tiene voluntad de sobra para seguir adelante. Dice que su recuperación es un milagro; está llena de vida y se le nota.

Eso sí, como toda vida, también tiene tristezas, y una grande para hermana Evangelina es no haber podido estar en la muerte de su hermana, Dolores, también religiosa de la Providencia, quien falleció producto del cáncer, mientras ella se encontraba en Canadá. "No quería ir", cuenta, "pero ella me decía: 'anda no más tranquila, no me va a pasar nada, ándate bien contenta'... lo lloré todo, no pude estar ni para su funeral".

Parte la conversación corrigiéndome, no son Bodas de Oro las que celebra, son de Diamante; y por si me quedan dudas, menciona a las hermanas Hortensia y Guadalupe como sus compañeras de festejo.

Comparte que quiso ser monja desde chica, que no lo decía pero le gustaba, pero eso sí, cuando su hermana mayor - que hacía las veces de mamá por haber perdido a ésta de niña - la llevó a la Providencia de Temuco, tuvo que internarla de nuevo porque, cuenta entre risas, "se arrancó portón afuera patitas pa' que las quiero. No conocía la calle pero me fui porque no me gustó. Eran muy

estrictas, no me acostumbraba".

Después cuando quiso entrar a la Congregación, no pudo hacerlo con su hermana Dolores porque le encontraron cara de enferma: "comíamos lo mismo, pero la Dolores era bien gorda y yo era muy flaca". Cuando por fin viajó a Santiago al postulante, lo hizo en tren con otras candidatas. Viajaron toda la noche conversando, así que cuando llegaron al otro día estaban cansadas y muertas de sueño. Cambia la voz como un susurro y recuerda como hablaban así, cuando podían, porque en ese tiempo se guardaba silencio. "Teníamos unas ganas de hablar y no podíamos. Podíamos hablar en los recreos. Había uno que duraba desde el almuerzo hasta las dos de la tarde. Caminábamos calladitas hasta el noviciado y ahí podíamos hablar. Más tarde nos daban otro recreo y nos llevaban al patio de la Escuela de la Madre Nieves a jugar a la pelota".

En relación a la formación, plantea que en aquellos tiempos era difícil, pero risueña agrega que no le dieron ganas de arrancarse como cuando era niña. Con las compañeras se decían unas a otras lo que les costaba, pero ella les aclaraba "igual yo voy a seguir". Eso sí, al igual que otras hermanas en formación en aquella época, muchas veces pensaba que la iban a echar.

Su primera misión fue en Concepción, donde permaneció por 2 años. "También me fui en tren y más cerca de Temuco", cuenta, "pero en ese entonces no podíamos hacer ninguna visita a la familia. Yo pensaba en mi hermana - Dolores -, que podíamos estar juntas, pero nada... a ella la dejaron en el Pio X en Santiago y cuando fui mandada ahí mismo, llego y me entero que a ella la habían cambiado a Buenos Aires. Sólo una vez estuvimos juntas en la enfermería, años después cuando me mandaron para que la acompañara cuando ya estaba enferma".

Luego da más detalles de sus cambios de misión: "En el Pio X me avisaron que estaba trasladada a La Serena; yo no quería ir, tenía miedo de las madres que estaban ahí, estaba la madre Dolores Rubio, que fue mi superiora y con quien recibí mis votos perpetuos. Nos fuimos juntas con Elisa que había sido estudiante ahí pero que tampoco quería ir; nos fuimos llorando todo el camino en el bus".

Respecto a los cambios que trajo el Concilio Vaticano II y la unión con Canadá, dice que "fue algo bueno", que ya tenía los votos perpetuos y que fue

un afirmarse en su vocación. Se ríe de nuevo con ganas cuando comparte que al inicio algunas pensaban que el trato distinto - todas como hermanas-hermanas - era "una prueba", hasta que se dieron cuenta que era un cambio de verdad. "Fue bueno porque se terminó eso de antes, esa cosa tan dura", señala.

Sigue haciendo memoria de los lugares que misionó: Vicuña, a donde la mandaron por problemas a los huesos y donde le tocó estar en el colegio y después en la pastoral parroquial; Valparaíso, tanto en la Casa de la Providencia como en el Hogar de Ancianas; Limache, donde misionó primero 20 años y luego otros 5 y donde hasta hoy "hay chiquillos de más de 30 que me vienen a ver".

Para finalizar, respecto a cómo ve hoy la Provincia y a sus hermanas, comenta: "Va como el mundo... así no más. No como antes todas iguales... la ropa, todo. [...] Ahora la que quiere ser buena, es buena, y la que no quiere ser buena, no es buena no más".

Sin duda que ella es una de las que siempre ha querido ser buena.



Hermana María Guadalupe San Miguel

"Mi amado empieza a hablar y me dice: Levántate, compañera mía, hermosa mía, y ven por acá, paloma mía".

Cantar 2,10

"Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el sol... un tiempo para callar y un tiempo para hablar"... Las palabras del libro del Eclesiastés grafican de algún modo la condición humana que fluye constantemente y, sin embargo, en cada uno de esos momentos está Dios presente.

Lo anterior lo vemos claramente reflejado en una de nuestras hermanas jubilares, Hermana Guadalupe San Miguel, que hasta un pasado no tan lejano rebosaba de vigor llenando todos los espacios con su presencia, y quien en la actualidad, aquejada de una enfermedad que la mantiene con fuertes dolores, está más silente, con días buenos y otros malos.

Hoy son dos de sus amigas, hermanas y compañeras, quienes hacen memoria desde el corazón, dando testimonio de esta mujer que tanto entregó a su Congregación en las distintas misiones que se le encomendaron, ya sea en el ámbito educacional como en el gobierno provincial.

Quien fuera su connovia, Hermana Clara Estay nos comparte: "Cuando llegué al noviciado estaba Guadalupe sola como novicia; no te digo la impresión que me dio, tenía una cara radiante, me dio una acogida hermosa, con nuestra maestra Trinidad Sepúlveda. Yo fui feliz en mi formación y en eso me ayudó mucho ella con su alegría. Era muy alegre, cariñosa y muy piadosa. Profesó antes que yo y la mandaron a Llo-lleo, entonces como no nos veíamos, me mandaba papelitos, en la mesa me dejaba algo, un recuerdo".

Agrega que a ambas las nombraron superiores muy rápido, jóvenes, pero que antes de eso estuvieron viviendo juntas unos "cuatro años en Valparaíso, estudiando en la Universidad, conjugando los tiempos de religiosas y de estudiantes". Otra de las dotes de Hermana Guadalupe era su capacidad de escribir, lo que las mantuvo en contacto el tiempo que hermana Clara misionó en Estados Unidos.

"Después vino el Concilio, entonces hubo cambios, se puso más libre todo y Agueda - Hna. Guadalupe -, con quien siempre estuvimos muy juntas, me daba mucho ejemplo, porque era humilde hasta no poder más, muy sencilla. Era tan linda, toda la gente la encontraba bonita, pero ¿Tú crees que era orgullosa? Nada. Buena compañera, trabajadora, siempre viendo en qué ayudar. Todavía lo hace, yo me siento al frente (en el comedor de la enfermería) y anda pendiente, me pasa la servilleta o lo que sea. Humilde, obediente con nuestra maestra cuando fuimos novicias; alegre, tanto que nuestra maestra decía que nunca se había reído más que con ella de novicia".

Continúa Hermana Clara indicando que hasta hoy conservan la unión, que para ella es más que amistad: "Yo siempre digo que decir amiga es poco, yo prefiero que digan hermana, que es la palabra real de la unión espiritual, porque claro, a una hermana tú le disculpas todo, la quieres igual, le ofreces algo, le sirves, te preocupas de ella. Así somos nosotras".

Hermana Claudia Vargas también ha estado muy cercana de Hermana Guadalupe, a quien conoce desde que ambas eran alumnas internas en el colegio Sagrados Corazones de La Serena y donde se hicieron íntimas amigas, lazo que las une hasta hoy en cercanía y cariño. Describe a Hermana Guadalupe como "una mujer muy linda por dentro y por fuera. Muy alegre. Ella siempre ha tomado la vida con fe. Ha sido una mujer muy piadosa, muy trabajadora. Yo diría que es una Hermana de la Providencia estupenda. Tal vez excesivamente trabajadora: no descansaba nunca, siempre queriendo lo mejor para su Congregación, la que ama inmensamente".

Hermana Claudia agrega que Hermana Guadalupe siempre hacía chiste de todo y que su tía, la Hermana Aurea, reconocida por todas quienes le conocieron como una mujer santa, sabia, de fe profunda, en una oportunidad le llamó la atención diciéndole que a la vida religiosa no se iba a payasear, que no era chiste. Como era de esperar, el llamado de atención le duró unos meses y después conti-

nuó como siempre. Decirles a los niños del pesebre de la Casa de la Providencia de Valparaíso, a donde fue enviada a misionar de joven, que los que se portaran mal dormirían sin zapatos, o a la llegada de las jubilaciones desde Canadá para las hermanas mayores, bromear con que cambiaba 1 de 40 por 2 de 80 para su comunidad, son un par de ejemplos de los chistes con que amenizaba todo.

Termina Hermana Claudia su remembranza: "donde ella estaba había alegría, había risa. Ella es muy fraterna, muy servicial. De no estar ahora en una silla de ruedas andaría caminando de aquí para allá, atendiendo a una y a otra. Siempre estaba muy agradecida de todo el mundo. Igual ahora siente que la cuidan mucho en la enfermería. Por eso digo nuevamente que es una gran Hermana de la Providencia, que con su alegría y amor por la Congregación y la Madre Bernarda irradió en todos los lugares donde estuvo eso mismo que vivía tan intensamente".



Hermanas María Teresa y Ema Maureira

"Señor, tuya para siempre".

La celebración de Bodas de Oro, el gozo y la gratitud por una vida de fidelidad, son sin duda un regalo enorme para quien lo vive, para su familia, amistades, su Congregación y la Iglesia toda que misteriosamente se ve fecundada por el testimonio de entrega de quienes han dicho sí, y lo han mantenido desde la fe y la entrega en la misión.

Algunos de estos testimonios son particularmente singulares y motivadores, como el de las hermanas Maureira, que hijas de familia cristiana, comprometidas, con la sencillez de la vida del campo, pero también desde las pérdidas y la oposición, juntaron valor para dejarlo todo y decir a Jesús: "Señor, tuya para siempre".

En una amena conversación, compartieron sus vivencias, evidencia de una vida de entrega y fe:

Celebración de sus 50 años de vida religiosa

Ema: "Para mí personalmente fue algo maravilloso, muy lindo. El hecho que haya venido un buen grupo de nuestra familia; que Bertita, la hija de mi hermana mayor, hubiese podido participar de forma directa haciendo una lectura; el hecho de que el sobrino nieto, Ivancito, haya podido llevar una ofrenda; fue inolvidable, imborrable. También el que hayamos salido las dos juntas con María Teresa. Rubén, mi sobrino mayor, dice que le rodaron las lágrimas cuando vio que subimos y dijo "ahí están mis tías" y le dio gracias a Dios. Todo fue muy

lindo, familiar, espontáneo, sin protocolo rígido. Fue sencillo, profundo, significativo, que llegó al alma de nuestra familia".

María Teresa: "Fue una acción de gracias permanente, porque yo veía como en medio de nosotras, sin tener nada, el Señor se hizo presente. Yo sentí la presencia de Dios, era como que tocaba el corazón; yo decía Señor gracias, por todo, porque todo es enorme. Nosotras con Ema tuvimos grandes pruebas, pero supimos llevarlo y aceptarlo, para mí todo fue siempre como la voz de Dios diciendo 'yo estoy con ustedes'. En verdad todo fue bien motivador, porque la gente quedó tan contenta. Tuvimos oportunidad de visitar a toda nuestra familia y eso fue muy grande para mí y muy fuerte".

Ema: En Yerbas Buenas, en una de las Eucaristías, había una familia que estaba celebrando porque el matrimonio cumplía 50 años de casados y el padre dice 'pero aquí hay una sorpresa, hay dos hermanitas Maureira que son hijas de este pueblo y que también cumplen 50 años'. Esto fue porque una vecina de nosotros avisó".

María Teresa: "Todo el mundo nos saludaba".

Nacimiento de la vocación a la vida religiosa

María Teresa: "Siempre fuimos muy cercanas a la Iglesia. Mi mamá siempre nos estaba motivando para estar cerca del Señor, frecuentar los sacramentos, ir a Misa, a las reuniones en la Iglesia, ayudar si había algún trabajo que hacer en la parroquia. El padre era un holandés muy cercano a la familia y cuando necesitaba alguna cosa iba a la casa y me decía: 'Chiqui, ¿puedes hacer tal cosa?' Y él feliz, porque nosotros le colaborábamos".

Ema: "El padre nos bautizó, nos confesaba; pasamos a ser aspirantes a la Acción Católica, luego de la Acción Católica al coro; nos conocía al revés y al derecho. Era una relación muy linda, muy familiar. Él llegaba a la casa y le decía a mi mamá: '¿me presta a las chique?' En ese tiempo a él le llegaba mucha ayuda de Caritas de Holanda: ropa, zapatos, tarros de queso, me acuerdo. Había que separar todo eso, hacer paquetes y llevarle a la gente más pobre".

María Teresa: "El padre nos tenía mucha confianza a un grupo, a las Valenzuela, a las Verdugo y a nosotras".

Ema: "A las Hermanas las empezamos a ver cuando pasaban a la casa de Jani (Verdugo), dos casas más allá de la nuestra. Yo le decía a mi mamá 'ahí vienen las monjitas' y algo me pasaba adentro. Mi mamá nos confidenció que ella quiso ser religiosa y nos dijo 'si una de ustedes fuera religiosa, para mí ya sería una corona'. Yo le decía a la Tere 'tú po', porque tenía pinta de monjita, sencilla, humilde, de perfil bajo, servicial y resulta que el Señor dijo vengan para acá las 2 mejor".

La historia de la llegada al convento

Ema: "Las dos nos fuimos juntas. Mi mamá había fallecido un año antes y, por lo tanto, nosotras andábamos de luto riguroso, nos faltaba la esclavina nomás. Mi papá se resistía porque si nosotras nos veníamos quedaban dos hermanos con él, tres hombres solos. Nosotras insistíamos, insistíamos e insistíamos. Llegó un momento en que yo le dije a mi papá: 'Hoy es primer viernes de mes, ¿por qué no nos deja ir a misa? Sea buena gente, si la Iglesia está ahí cerquita'. Me mira y me dice 'vayan'. Nos dio permiso para ir a Misa y nosotras desaparecimos... yo le digo a mi hermana: 'mira, nos dieron permiso para ir a Misa' y la Tere contesta: 'este es el momento, ahora'".

"Como no podíamos sacar nada, porque mi papá estaba en la casa, María Teresa me dice - parece que la estuviera viendo-: 'Ponte 2 calzones, ponte 2 blusas'. Nos vinimos un 24 de marzo, que en el sur ya es frío, entonces el abrigo nos cubrió enteras, así que nos fuimos despidiéndonos como que íbamos a la Misa y regresábamos. Salimos con lo puesto. Después la madre Aurelia nos compró las maletas. Estábamos en la Iglesia cuando siento la bocina del bus justo cuando el padre estaba en la consagración. Tuvimos que pasar agazapadas por nuestra casa para que nadie nos viera. Llegamos a Linares a la casa de las Hermanas y nos abre la madre Aurelia. Nos dice 'mijitas ¿qué vamos a hacer? El viaje es el 24 y estamos recién a 1, pero pasen, pasen'. Ya en la tarde estábamos en el dormitorio y suena el timbre. Abro y era mi papá. Cerré la puerta y lo dejé afuera. Le digo a María Teresa: 'es mi papá' y le cuento a la madre Aurelia, que decía: '¡hijita por Dios! ¡¿Qué vamos a hacer ahora?!'".

"En ese tiempo María Teresa tenía 21 años y yo 17. Mi papá nos dice: 'hijas, las vengo a buscar'. Le dice a la madre lo mismo: 'las vengo a buscar porque son mis hijas', y a mí me dijo: '3'sted es menor de edad, me la puedo llevar ahora'. Yo le

decía: 'pero papá, piense a dónde vamos y si usted me lleva yo después igual voy a volver'. María Teresa le dice: 'piénselo bien, denos permiso'".

María Teresa: "Yo me tiraba al suelo, bien humilde le decía: 'papá ya pues denos permiso; no nos vamos porque no lo queremos, sino que el Señor nos está llamando, quiere que podamos servir a personas necesitadas, usted mismo puede que después esté enfermo y nosotras lo vamos a atender'".

Ema: "Mientras que María Teresa hablaba con mi papá, la madre Aurelia fue a llamar a su abogado y a mi tío Juan que vivía en Linares, que era un hombre muy religioso, y le decía: '¡Deles permiso hombre, es un camino de santidad!'. Pero mi papá se fue sin darnos permiso... María Teresa quedó hecha un mar de lágrimas, pero era la hora, dejar las redes, dejar todo y partir. Después, mi papá se enfermó y vino a dar al Hospital El Salvador. Nosotras éramos postulantes y la madre Magdalena hizo que fuéramos todos los días a visitar a mi papá acompañadas de una Hermana. Era una sala común de hombres, larga como un pasillo con camas por los lados, igual que nuestro noviciado antiguo. Cuando llegamos mi papá se alegró y los otros enfermos le preguntaban: '¿Son monjitas las dos? ¡Qué daría yo porque una de las mías fuera monjita!'. Yo les decía: 'pero no nos quiere dar permiso' y los compañeros le decían: 'señor, dele permiso a sus hijas'. Ahí mi papa consintió. Fue una odisea".

La llegada al noviciado

Ema: "La primera semana me molestaba todo: la luz, el ruido de los autos en Providencia. Como 'cabra' chica me entretenía mirando por la ventana porque no podía dormir, hasta que me acostaba y a las cinco había que estar en pie. Nuestra maestra preguntaba: 'hijita, ¿cómo se siente?' y yo le decía: 'tengo sueño, tengo sueño'. Ella se mataba de la risa y me decía que todo esto es parte del sacrificio grande que una hace por el Señor. Pero todo eso era parte del seguimiento a Jesús, tanto que yo llegué a decir -y la Cecilia Eugenia [Díaz, compañera de noviciado] me lo recordó ahora cuando estábamos ensayando para la entrada-: 'Señor, tuya para siempre'. Lo dije en voz alta y ella lo escuchó y se reía. Yo dije esa frase como niña, pero la juventud es capaz de dar un sí definitivo y sabe por qué lo dice, cuál es su convicción. Como yo, que era una 'cabra' chica, pero lo dije y de ahí cada día de mi vida le digo al Señor gracias por tanto que nos ha dado; por la formación que recibimos en nuestra Congregación. Porque nosotras llegamos como pájaros y el Señor algo querría, y aquí estamos".

María Teresa: "Yo medité mucho cuando iba a salir de mi casa porque sabía que iba a ser algo muy fuerte y doloroso, pero yo tenía una fuerza muy grande, algo que me decía 'ven acá'. Tenía eso metido adentro y lo que me costaba era convencer al papá. Pero a pesar de todo, salimos adelante con la ayuda de Dios".

Misiones significativas

María Teresa: "Con el paso de los años recuerdo mi primera misión acá en la cocina de la Casa Local cuando era un elefante. Ahí me tocó joven estar a cargo de un grupo de personas mayores. En ese tiempo la madre Margarita era asistente y superiora de la comunidad y confiaba mucho en mí. Me debe haber encontrado cara de buena o de honrada. Yo era bien ordenada en verdad, cada cosa en su lugar. Otra misión que me llegó mucho fue cuando estuve en Tocopilla. Pasé por todos los ministerios y doy gracias a Dios por todas mis misiones".

Ema: "Una de las misiones que a mí me dio vuelta el 'chip' fue la de El Salvador: constatar la miseria en todo sentido. Acá en Chile, todas las misiones fueron hermosas, ya en colegio, ya en parroquia, pero esa de El Salvador hizo que yo dijera: 'Dios mío, en qué mundo estoy viviendo aquí'. En Chile también hay pobreza, pero allá era pobreza denigrante en todo sentido: gente analfabeta, que por ejemplo no sabía tomar locomoción porque no reconocía los números. Esa misión me enseñó a ser más pobre, a vivir con lo justo, a no ser regodeona y comer lo que venga. Me acuerdo que cuando recién llegamos el padre dice: 'hermanas, bienvenidas, esta es su casa'. La gente que nos dio una acogida bella, gente del coro, campesinos con chalas, a 'pata pelá' las mujeres, una embarazada sin dientes cantando para nosotras; y nosotras ahí, llorando como unas magdalenas. Ver la alegría de esa gente a pesar de que la guerra civil fue muy cruenta. Era una alegría que les brotaba. Recuerdo una mujer, Tomasa, que decía: 'a mí me mataron mis ocho hijos porque eran catequistas, pero no importa porque yo sé que mis hijos dieron su vida por algo noble' y levantaba sus brazos, 'y yo sé que están en el cielo', decía. Tú la veías, una pobre viejita. Muchos casos de gente torturada, gente violada y el gobierno decía 'hay que acabar con toda esta gente pobre que son la vergüenza del pueblo', el propio presidente decía eso, y nosotras ahí con ellos. Bueno, para ellos nosotras éramos 'comunistas'. Esa misión para mí fue única e irrepetible. Las demás hermosas en educación y pastoral parroquial".

Sobre el futuro

María Teresa: "Sólo tengo que darle muchas gracias a Dios por todo lo que me ha dado y por todo lo que sentí; como me fue acompañando y llevando paso a paso, por permitirme celebrar 50 años de vida religiosa con Ema, en compañía de mi familia".

Ema: "Un agradecimiento inmenso a Dios. Mirando hacia el futuro yo digo que las Hermanas tenemos un nombre que realmente lo abarca todo, la Providencia. Si cada Hermana somos realmente lo que tenemos que ser: Providencia para el pobre, para el niño, para el abuelo, para quien sea; entonces vamos por el camino de Emilia, porque ella se dio entera. Tenemos que estar con las ondas bien abiertas para captar por dónde Dios nos quiere llevar, porque de repente en nuestros Capítulos nos preguntamos qué es lo que nos falta. Creo que eso es lo que tendríamos que escudriñar entre todas, en un diálogo fraterno y abierto, lo que se está viendo mucho en nuestras mesas de consenso o fraternas. Hay un llamado no manifestado, pero el anhelo está en nosotras, de reunirnos para conversar, dialogar. Aunque seamos poquitas, que seamos Providencia como Emilia, como Madre Bernarda, Madre Joseph, mujeres que lo dieron todo. Pienso que ese sería un regalo también, ser las Hermanas de la Providencia que Dios sueña para nosotras".



Hermana Jaquelina Juárez

"Mi amparo, mi refugio, mi Dios, en quien yo pongo mi confianza".

Salmos 91, 2

La Hermana Jaquelina Juárez tiene la singularidad de ser la única en toda la Congregación que el 2013 celebró sus Bodas de Plata. Respecto a la sensación anímica de este hecho, comenta que se sorprendió y que fue realmente un decir: "Bueno, acá estoy Señor, en este caminar de la vida religiosa en todas las circunstancias de la vida". "Yo pensaba que era el próximo año, se ha pasado muy rápido el tiempo" cuenta riendo, "en verdad fue una emoción verme ahí celebrando los 25 años".

En relación a sus motivaciones para entrar a la vida religiosa y particularmente a la Providencia, señala: "Soy ex alumna del Colegio La Providencia de Ovalle. Participé mucho en jornadas vocacionales, en la parroquia, en el coro y en la catequesis, no así en la pastoral del colegio. Fue desde la parroquia que me encontré preguntándome 'Señor, qué quieres de mí'. Lo conversé con unas hermanas en el colegio, pero yo no me sentía tan de la Providencia. Me puse a buscar. Fui a las Paulinas, donde estuve a punto de entrar, a las del Buen Pastor, y así... en cada evento que había en Ovalle nos invitaban a un grupo de los cuales la mayoría hoy está en la vida religiosa o el sacerdocio. Yo busqué un director espiritual y fui muy abierta con él, le preguntaba de todo: qué era la vida religiosa, las diferencias entre unas y otras. Él fue muy sabio y me dejó buscar. Ahí empecé a participar en los encuentros de la Providencia y con el tiempo él me dice: '¿usted nunca ha pensado en las Hermanas de la Providencia?'. Y yo le respondo: 'en verdad no, padre', detalla riendo, entonces empecé a trabajar con él algunas cosas y acá estoy".

"He estado muy contenta en la comunidad. He vivido todo un proceso. La vocación también ha madurado", nos sigue contando la Hermana Jaquelina, "las motivaciones por las que entré de amor a los pobres siguen, pero desde una manera más palpable, no esa pobreza etérea, sino esa pobreza que se vive con las hermanas en la casa... el estar más atenta a eso".

Con su trabajo en la comunidad Bernarda Morín manifiesta que está muy contenta, que ha ido aprendiendo a conocer a cada hermana: "El hecho de ir conociéndolas, visitándolas por las piezas, el conversar con ellas, el ver sus motivaciones a la vida religiosa, el que cuenten que pasó con su vida; siento que eso me ha hecho crecer mucho con ellas. Yo pensé que me iba a ser más difícil, pero me he ido adaptando a ellas. Por ejemplo, en algo tan práctico y tan doméstico como tomar once a las cuatro de la tarde, pero igual aparezco, porque así veo quien llegó, cuanto comió, en fin. Ha sido un cambio drástico porque yo estuve mucho tiempo en Limache, con 'peques', y luego llegué a esta vida más tranquila, diferente, donde hay que plantearse cómo tratar a las Hermanas. Todo eso en un compromiso de trabajo en equipo con el personal, que pasan gran parte del tiempo con las Hermanas. Entonces es un ir conociendo a la gente y su trabajo".

La Hermana Jaquelina pasó gran parte de su vida religiosa en el Hogar San Vicente de Paul en Limache, además de breves estadías en la Casa Local y el colegio Santa Rosa. Le preguntamos por el significado de esa obra para ella, ante lo cual responde: "Cuando a mí me dijeron que me iban a cambiar de Limache, donde estuve muchos años, yo más o menos lo suponía y lo conversé mucho con un cura amigo y fuimos viendo la necesidad de ir haciendo un trabajo de despedida de los lugares y de los niños. Esos años fueron hermosos, aprendí mucho de los niños, desde los garabatos más increíbles, hasta las cosas más bonitas. Estar ahí junto a los niños, tan chiquitos y vulnerables, fue una experiencia maravillosa pero compleja. Tuve un equipo de trabajo excelente, que se fue haciendo en el camino. Proceso que no fue fácil, donde hubo que ir conociéndose. En el equipo había gente muy buena y comprometida. Entre los apoderados había de todo, hasta los que te decían 'usted no puede entender porque no ha tenido nunca hijos'. En Limache pasé momentos muy bonitos, divertidos, pero también muy tristes; ahí era la Tía-Madre. Pasé mucho tiempo con ellos y los quise mucho".

Invitamos a Hermana Jaquelina a recordar su tiempo de formación inicial y, entre risas, parte con una anécdota de cuando recién llegada le tocó atender las mesas en el comedor. Se acerca a una hermana y le dice: "hermana, se

sirve una papa", y esta le replica, "primero, dígame Madre, y segundo, eso no es una papa, es un camote". Comparte que su primera formadora fue la Hermana Elsa, que ahora vive con ella: "eran tiempos diferentes, con una formación diferente, centrada en la importancia del sacrificio. Hubo cosas que me costaron, como el tener que comer lo que no me gustaba, que regalaran algunas de tus cosas o vestirme con ropa de Hermanas difuntas, pero no era algo que se cuestionara, se hacía nomás. Yo pensaba: 'bueno, será así, habrá que pasar por esto'. Se entendía como pobreza, como forma de trabajar la humildad. Hoy no se podría hacer esto con las jóvenes, son otros contextos".

Respecto a sus percepciones sobre el futuro de la Congregación y de la Provincia comenta: "No lo veo de modo pesimista, pero sí tengo que ser consciente y realista de que estamos viviendo tiempos difíciles como Iglesia. Como Congregación hablamos mucho de lo intergeneracional y esto tenemos que asumirlo y hablarlo más, desde la presencia de hermanas muy mayores y pocas jóvenes, lo que repercute en nuestras obras. Me preocupa que no tenemos Hermanas que vayan a servir a las obras y siento que eso es un tema pendiente que tenemos que tratar. Tenemos que sentarnos y dejar que el Espíritu fluya en nosotras e ir soltando, sin abanderizarnos por una obra, escuchar al Señor que nos va hablando, ser conscientes de lo que ya no podemos, pero asumir esto con paz, tranquilas y dándole mayor protagonismo a los laicos. Pero no cualquier laico tampoco, nosotras como Hermanas de la Providencia debemos formar a los futuros directores de obras y de colegios, que concursen, que expliciten sus compromisos y aspiraciones". La Hermana profundiza este punto compartiendo su sensación anímica a partir de la clausura del Capítulo Provincial: "Si bien es cierto el Capítulo era para cerrar una aprobación del Directorio Provincial, surgió algo muy bueno, que es hacer un protocolo de procedimientos. Esto habrá que conversarlo mucho, lo que nos ayudará a conocernos más. Siento que será bueno, que es necesario, que estamos en un proceso de ir más a fondo. De seguro lo vamos a orar mucho, contemplar mucho, y siento que tenemos que partir por las comunidades para llegar a algo más concreto como Provincia".

Le invitamos a que sueñe con algún regalo de jubileo y sin titubear la Hermana Jaquelina plantea: "Me gustaría darme un tiempo de recauchaje personal, de formación, de renovarme en el Espíritu. Gracias a Dios hice un Diplomado de Acompañamiento Psico-espiritual que me ha ayudado muchísimo, pero siento que también como mujer que se acerca a la madurez, es importante tener espacios de formación y compartir para socializar lo que pasa, lo que se siente,

el cómo asumir los cambios... un tiempo profundo de reflexión".

Para finalizar nos comparte una serie de interrogantes que surgen desde su compromiso con la Iglesia y la misión, desde su vocación en la vida religiosa y su rol en la formación de la Provincia: "Estos tiempos de Iglesia han sido duros, hay un gran desafío que tenemos frente a la sociedad, como los temas de abuso y pedofilia. Estas también son cosas que tendríamos que conversar, el qué pasa con nosotras como vida religiosa y estas temáticas, cómo vivimos las Hermanas nuestro ser mujeres, cómo hemos vivido nuestros procesos en el pasado, qué espera la gente de nosotras, nuestro testimonio y nuestro trato, el ver si somos verdaderamente acogedoras de las personas. Siento que tenemos que humanizarnos en la vida religiosa, mostrarnos como somos".

"Hay otro tema importante", continua reflexionando la Hermana, "y es el plantearnos las vocaciones. Tenemos que abrirnos a acoger a mujeres mayores y para eso las comunidades locales tenemos que trabajar. Esto es algo que tenemos pendiente, porque estas mujeres ya no son las jóvenes salidas del colegio: llegarán profesionales, independientes. Rezamos por las vocaciones, en esta comunidad se reza todo el día, pero cuando ya va a ingresar una mujer, ¿qué pasa? ¿Estamos preparadas para recibirla? ¿Qué le ofrecemos desde la riqueza de nuestro carisma y espiritualidad en la realidad de hoy? Tenemos que estar dispuestas a abrirnos a los nuevos desafíos de la vida religiosa o hacia dónde va la vida religiosa".



**HERMANAS
DE LA PROVIDENCIA**

Provincia Bernarda Morin
Chile / Argentina